

Iglesia subterránea

Frei Betto

Medio centenar de católicos de 18 países, entre ellos Brasil, se reunieron entre el 11 y el 15 de junio en Pezinok, un poblado cercano a Bratislava, capital de Eslovaquia, para debatir sobre el tema “Reformas de la Iglesia bajo el papa Francisco: ¿adónde vamos a partir de aquí?”

El encuentro, convocado por la Red Internacional de Reformas Católicas (ICRN por sus siglas en inglés), escuchó los dramáticos testimonios de cristianos que, debido a su fe, sufrieron persecuciones del régimen comunista, oficialmente ateo.

En aquel período, los contactos con Roma eran difíciles y riesgosos. Y la curia romana no siempre mostró capacidad para comprender el heroísmo de los cristianos que osaron mantener la Iglesia viva, aunque clandestina.

Para garantizar la vida sacramental de los fieles, los obispos les otorgaron el sacerdocio a mujeres y hombres casados, lo que provocó una fuerte reacción de los sectores conservadores tras la caída del Muro de Berlín y el reinicio del diálogo con el Vaticano.

Mientras que el enfoque de los conservadores priorizaba la ortodoxia doctrinaria, la disciplina eclesiástica y la integridad de los ritos romanos, o sea, la letra de la ley, la Iglesia subterránea sufría para mantener viva la fe cristiana, la fidelidad a la Palabra de Dios, la vida litúrgica y sacramental.

Durante diez años, entre 1980 y 1990, fui testigo de esas comunidades de catacumbas en países socialistas de Europa Oriental, como describo en *Paraíso perdido – viagens ao mundo socialista* (Rocco). En Europa Oriental y China mantuve contactos con sacerdotes que trabajaban como obreros; con obispos que me confesaron confidencialmente su fidelidad al papa; con religiosas disfrazadas de laicas a quienes se impedía vivir en comunidad.

En condiciones también adversas, los frailes dominicos encarcelados durante la dictadura militar celebrábamos la eucaristía con pan y jugo de uva, ya que se nos

prohibía la entrada de vino. Excepto cuando el capellán militar, arriesgando el pellejo, nos lo proporcionaba.

El encuentro en Eslovaquia concluyó con el compromiso de trabajar en pro de mayor igualdad para las mujeres en la Iglesia; de respeto e inclusión para las personas LGBT; y de apoyo a los nuevos modelos de parroquias y comunidades cristianas.

Para inculturarse, como exige el Evangelio, la Iglesia no puede sacralizar sus estructuras. Las situaciones excepcionales exigen medidas originales. Ese es el caso de la “Iglesia con rostro amazónico”, tema del Sínodo convocado por el papa Francisco, que se reunirá en la frontera entre Perú y Brasil en octubre de 2019.

La necesidad de crear un clero claro indígena tendrá, inevitablemente, que superar la obligatoriedad del celibato y ordenar sacerdotes indios casados, conforme a lo previsto en el documento vaticano divulgado el 8 de junio, que prevé incluso otorgarles a las mujeres algún tipo de “ministerio oficial”.

La Iglesia nació rompiendo los límites étnicos de las religiones, o sea, es católica, sinónimo de globalizada. Hoy Francisco está empeñado en hacerla cortar las amarras que dificultan su misión evangélica, como el eurocentrismo, el patriarcalismo, el clericalismo y el moralismo prejuicioso y discriminador.

“Iglesia en salida”, como propone el papa, significa romper el pesado capullo eclesiástico de tradiciones que huelen a moho de nobleza decadente y tornarse mariposa en vuelo osado rumbo al mundo tan desigual del siglo XXI.

Frei Betto es autor, entre otros libros, de *Fidel y la religión* (Companhia das Letras).